

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y á quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea.

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM. 30

Pravia 24 de Agosto de 1902

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS A UN OBRERO

XXVI

Mi querido X: Quedamos en que el sencillo razonamiento del Papa, (citado en otra carta) demostrando que la solución socialista perjudica al obrero, es más despampante que las ya famosas *odas*, terror de periodistas chirles y de *leaderes* sin blanca de sentido común. En realidad, como has podido ver, ese solo razonamiento, que por otra parte, se halla al alcance de todas las inteligencias, basta para que todos vosotros, para que todos los obreros veáis en el socialismo el mayor de los disparates, la mayor calamidad para vosotros mismos. Si, implantado ese absurdo sistema, tienes que trabajar para comer, y sólo puedes ganar para vivir al día, no para ahorrar y mejorar tu situación, indudablemente estás mejor ahora, no obstante lo injusto, en muchas cosas, de la actual organización social, hija del liberalismo económico, imperante en todos los Estados, aunque, batido en regla por los católicos y también por los socialistas, ya va de capa caída, dejando poco á poco, paso franco á las soluciones humanitarias del catolicismo social.

Pero he dicho, citando al Papa, que la solución socialista, además de ser, como hemos visto, perjudicial para los obreros, es injusta, de la manera más absoluta. Y esto no es cosa despreciable, pues, si los obreros andáis siempre, y muy cuerdate, con la justicia en los labios, no resulta lógico que para defenderla pidáis nada menos que una injusticia. Conviene, pues, averiguar si realmente la solución propuesta por los socialistas es in-

justa, como queda dicho. Si demuestro que lo es, resulta que no puede ser defendida más que por quienes se futren en la justicia, y no atienden sino á ellos. Pero eso no es de personas honradas y no pueden obrar así los honrados obreros asturianos. Los que defienden el socialismo ó ven en él una solución aceptable, es sencillamente porque jamás se pararon á meditar en la injusticia que encierra.

En efecto: es injusto cuanto tienda á desposeernos de un derecho que nos ha sido concedido por la misma naturaleza, que es innato en nosotros. Pues bien, hablando de dicha solución socialista, dice León XIII: «poseer algo como propio, y con exclusión de los demás, es un derecho que dió la naturaleza á todo hombre.»

¿Es exacta la afirmación del Papa? Es lo que vamos á ver, pero antes de pasar adelante fijate en que si es exacta, la solución socialista, sobre ser injusta resulta además imposible, porque imposible es que de un modo permanente podamos nosotros llevar la contraria á la naturaleza. La cuestión es muy grave y conviene que te fijes bien en ella.

¿Es cierto lo que tan terminantemente afirma el Papa? ¿Es exacto que el derecho á poseer, que los socialistas desean borrar, es un derecho dado á cada hombre por la misma naturaleza? Ya te dije muchas veces, y no me cansaré de repetírtelo, que el Papa, á diferencia de los miserables predicadores que os explotan, á pesar de hablar como Maestro, no se contenta con enseñar la verdad, con afirmaciones rotundas, sino que demuestra lo que afirma; ¿cómo demuestra la mencionada afirmación, respecto á lo natural que es en nosotros el derecho á poseer algo como propio? Pues de una manera muy sencilla: en primer lugar considerando la diferencia que hay del hombre al bruto, pues negarnos á nosotros ese derecho es compararnos del todo á los animales irracionales. Y entre paréntesis, aquí verás de nuevo demostrado el empeño de la im-

piedad en llevarnos al corral. Y ahora escucha el razonamiento admirable de León XIII: léelo con cuidado, y medítalo bien:

«A la verdad, aún en esto hay grandísima diferencia entre el hombre y los demás animales. Porque éstos no son dueños de sus actos, sino que se gobiernan por un doble instinto natural, que mantiene en ellos dispuesta la facultad de obrar y á su tiempo les desenvuelve las fuerzas, y excita y determina cada uno de sus movimientos. Muéveles el uno de estos instintos á defender su vida y el otro á conservar su especie. Y en ambas cosas fácilmente las alcanzan con sólo usar de lo que tienen presente: ni pueden en manera alguna pasar más adelante, porque los mueve sólo el sentido y las cosas singulares que con los sentidos perciben.

Pero muy distinta es la naturaleza del hombre. Existe en él toda entera y perfecta la naturaleza animal, y por eso no menos que á los otros animales, se ha concedido al hombre, por razón de esta su naturaleza animal, la facultad de gozar del bien que hay en las cosas corpóreas. Pero esta naturaleza animal, aunque sea en el hombre perfecta, dista mucho de ser ella sola toda la naturaleza humana, que es muy inferior á ésta y de su condición nacida á sujetarse á ella y obedecerla.

Lo que en nosotros campea y sobresale, lo que al hombre da el sér de hombre, y por lo que se diferencia específicamente de las bestias, es el entendimiento ó la razón. Y por esto, por ser el hombre el solo animal dotado de razón, hay que concederle necesariamente la facultad, no sólo de usar, como los demás animales, sino de poseer con derecho estable y perpetuo así las cosas que con el uso se consumen, como las que, aunque usamos de ellas, no se acaban.»

Por donde se ve que mientras los brutos usan de las cosas que tienen presentes, nosotros las poseemos. Esta es una de las diferencias más notables entre el hombre

y el bruto, y esa diferencia quieren borrar los que predicán la solución socialista, cuyo absurdo te estoy demostrando.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

SOCIALISMO VERDAD (1)

Réstanos decir algunas pocas palabras acerca de uno de los principales efectos de las sociedades obreras: las *huelgas*.

Desde el punto de vista moral, no podemos ni debemos condenarlas en absoluto; porque la cesación momentánea del trabajo no puede calificarse de acto intrínsecamente malo, considerado en sí mismo, y considerándolo con relación al trabajo que se deja ó al taller que se abandona, no puede negarse al obrero para marcharse la libertad que tiene el dueño para despedirlo.

En la huelga colectiva y combinada puede haber falta en el modo y medios de promoverla, pero tampoco es absolutamente condenable en sí misma, ya que, además de lo dicho respecto á su naturaleza, puede ser en algunos casos un medio necesario, y tal vez único, para obligar á los patronos á ser justos con los obreros. No se puede dejar á éstos indefensos contra los mil medios que tienen siempre los poderosos para oprimir y explotar al débil.

Pero justificadas ó no en el terreno de los principios, las huelgas frecuentes producen resultados funestos: causan perjuicios enormes y dan lugar á innumerables abusos, entre los cuales queremos señalar uno de tal gravedad, que merece llamar la atención de los obreros mismos para que se hagan cargo de la situación en que les colocan las sociedades de resistencia, y la de las autoridades públicas para corregirlo y castigarlo

(1) Véase el número 29.

ODA DESPAMPANANTE

TERCERA SERIE

II

Al muy ilustre D. Telesforo García Sampedro.

con energía, ya que desgraciadamente no podemos abrigar la esperanza de que para ello baste la persuasión. Este abuso á que aludimos es el de impedir por el terror y la violencia que, acordada una huelga, sigan dedicándose al trabajo los que tienen voluntad de hacerlo porque estiman aceptables las condiciones en que lo venían haciendo, y porque necesitan trabajar para el sustento propio y el de su familia. Esto es un verdadero atentado contra la libertad individual, y constituye una especie de opresión y tiranía más odiosa que la de que generalmente se quejan los obreros descontentadizos.—Y fijense en esto los pacíficos y honrados para no comprometerse inconsideradamente en esas asociaciones que en nombre de la emancipación los reducen á esclavitud miserable.—Y vean al mismo tiempo cómo los acusados de enemigos de la libertad somos sus más ardientes defensores cuando se trata de libertad verdadera.

Observen asimismo los de espíritu recto y sana intención, que por fortuna son muchos todavía, que cierta clase de trabajos resultan completamente estériles después de enormes dispendios, si no se llevan á cabo seguidamente y sin interrupción. En estos casos el obrero tiene el compromiso moral, aunque legal no lo tenga, de continuar hasta el fin, y la huelga sería criminal á no ser que la motivase la entidad interesada en la conclusión del trabajo comenzado.

Piensen también los que aun conservan en su pecho una chispa del sagrado fuego del amor patrio, que por el camino que llevamos se va precipitadamente á la ruina y á la miseria, y tal vez á la suprema vergüenza de que una potencia extranjera venga á poner orden en nuestra desventurada nación.

Piensen, por último, los obreros todos, buenos y malos, alucinados ó pervertidos, que con las pretensiones injustas ó exageradas y con los medios violentos para realizarlas, ellos serán los que más pierdan al cabo, porque la industria se paraliza, y los capitales sin los cuales no vive el trabajador, se esconden ó huyen á donde se les ofrezcan garantías para su aumento ó conservación.

La causa de los trabajadores es generalmente simpática, no sólo por las tendencias que prevalecen en la moderna sociedad, sino también por el sincero apoyo que le presta la Iglesia Católica en cuanto tiene de justa; pero si los trabajadores se entregan á las locuras de la impiedad y de la revolución, y en vez de contentarse con el mejoramiento razonable y posible se empeñan en trastornarlo todo, echando abajo á todos los demás para colocarse ellos encima, es de temer en contra suya una reacción poderosa que les impida ó retarde el logro de las aspiraciones legítimas.

El bon caballero García Hortelano
La flor y la nata de nuesa nación,
Magüer que escaldrido, é acuto é adiano,
Aprés de abortarme con son rusticano
Car su atufamiento le fizo traición,
Sin ver mi tristura nin gran tribulanza
Con zuño que nuncia, pardiobre, durez,
Aprisa el caballo con bona adestranza,
Y á mi me afuyenta con una acusanza
Que cuantes que engurrio me face despez.
Con éferos güellos y eloquio arrufado
Me apesga el andante que asconde el Vallín,
Magüer que ha sabiencia de que es trasquilado
Quien uvia de aliende por lana al mercado
Do yanta este elato, dicaz malandrín.

Veredes, babanca, veredes, García,
Frañerse el ronfeo que aballa tu man,
Con mucha aborrenca, con bona adestría,
Magüer que tu fables la tu ledanía,
Con sólo el miralle de aqueste jayán.

Y aquí, porque luego no piense el andante
Que en lengua extranjera llamándole estoy
Zoque, borrico, tenorio y bergante,
Payaso, residuo, varón y tunante,
Lo viejo abandono y al siglo me voy.

¿Pensastes acaso, sin par caballero,
Perinquito Tontu, señor arlequin,
Que á mi me asustabas lo mismo que á Otero,
El semi-abogado y el gran compañero
Que en ésa está haciendo la vez de bochin?

¿Pensastes acaso, si yo me enfadaba,
Mandarme gallinas y carne y jamón,
A ver si con eso, cual Pepe, callaba,
Y haciéndome el tonto, como él, te dejaba
Pasir por mi lado con tu procesión?

¿No has visto en el canto que te he propinado
Por una indirecta que osaste estampar,
Que yo no perdono ni un triste pecado,
Aunque hay quien por ello me ofrece, arrojado,
Llevarme los hijos á veranear?

¿No ves que no pueden de aquesto libarte
Ni Otero, el amigo que tienes aquí,
Ni el otro que en ésa tomando está parte
Por ver si consigue mejor engañarte,
A fin de que el triunfo se quede por mí?

¿No has visto, García, que soy como un duende,
Que vivo con Trocas, con Jonio y con vos,
Que habito la casa del Pepe de allende,
Que soy compañero también del de aquende,
Que sé las historias de todo Quirós?

Entonces, García ¿por qué me escribiste?
¿No tienes tampoco sentido común?
¿Ay pobre residuo, gazzápiro triste!
¿Por qué de mi pluma, gran pícaro, hiciste
Tan pronto una bala del pueblo Dum-Dum?

¿Porqué, si mis Odas tan sólo escribía
Por irios un poco tomando el tupé,
Has hecho tijera la péñola mía,
A fin de que tome, por tu tontería,
Lo poco de pelo que yo os dejé?

Ni Sela, ni Jonio, ni Fili, ni Mino,
Ni el inclito Trocas, ni el sabio Lavín,
Ni el hombre más grande, más fiero y pollino
Han hecho en su vida mayor desatino
Que el que hizo el que firma Morral del Vallín.

Aquéllas mis zurras reciben callando,
Con gran disimulo se rascan después,
Se miran temiendo, se vuelven temblando,
Y todos á casa se van retirando,
Sin que haya quien ponga la pluma en los piés,

Y nunca, por mucho que yo lo procuro
Consigo del cuerpo sacarles la voz,
Que temen los pobres sin duda un apuro
Y aun cuando por ello les doy medio duro
Ni quieren morderme ni darme una coz.

Y tú pobre Tontu, rapaz desdichado,
El cero en Monforte y el uno en Vallín,
El pobre residuo de aqueste juzgado,
El fiel compañero del semi-abogado
Que en ésa está haciendo la vez de bochin,

Y tú, pobre nene, perinquito andante,
Que sabes tan sólo las berzas sembrar,
Escribes,cribes tan guapo y campante
Y lanzas más rayos que el mismo Tonante
Y casi me obligas, terrible, á llorar.

Veredes, babanca, veredes, García,
Frañerse el ronfeo que aballa tu man
Con mucha aborrenca, con bona adestría,
Magüer que tu fables la tu ledanía,
Con sólo el miralle de aqueste jayán.

Por hoy no te asusto, García adorado,
Con una estupenda y horrible canción,
Porque es mi desseo que vuelvas osado
A ver si el Otero que te ha aconsejado
Valiente te escribe la contestación;

Pero es muy probable que en otra semana
Habré de causarte t un gran berrinchín,
Que nunca en tu vida tendrás ya la gana
De ver el famoso mercado de lana
Do yanta este elato, dicaz malandrín.

ADVERTENCIA: EL ZURRIAGO NO INSERTARÁ ningún trabajo que se le remita, á no ser que venga garantizado por alguna firma conocida, aunque ésta podrá no publicarse si así lo indica el autor. Esta advertencia no reza con los trabajos que por su índole á nada comprometen.

MASONES Y SOCIALISTAS

Estudiando con ánimo sereno los acontecimientos que se vienen desarrollando en España, fácilmente se comprende que la oculta mano de la secta masónica va trabajando sin cesar. Masones hay en España que han llevado á la más vergonzosa derrota al pueblo español, y sin embargo, si se les oye hablar ó se leen sus escritos, já cualquiera se le ocurre que faltan altares para colocarlos en ellos!

Hijos del pueblo han sido casi todos los sacrificados en las guerras de Cuba y de Filipinas, y la Masonería, que se llama asociación democrática y defensora del pueblo obrero, ha sido acusada, no sin fundamento, de complicidades en aquellas guerras que tanta sangre de obreros costó á España.

Los miembros de la Masonería se llaman francmasones, que quiere decir *albaniles libres*, y por eso los distintivos de los masones son los mandiles, las escuadras y triángulos.

El día menos pensado vamos á ver á Canalejas blanqueando, con traje de albañil, las paredes del antiguo palacio de la duquesa de Santoña.

Írá Vigil de pinche y Trocas y el barbero de Mieres irán de acompañantes!

Con tal que les pague bien Canalejas ¡vaya si irán!

¡A lo que estamos, tuerta!
Las logias, que son los centros de los masones, se llaman *talleres*.

Es lo que no gusta á Vigil: ¡los talleres!
Por eso los abandonó, y ahora vive hecho un burgués.

Pero ya que de masones tratamos, y viven á sus anchas en España, mientras se preocupan de curas y de frailes, ya que nadie les molesta mientras molestan á pacíficos españoles, no podemos menos de copiar un parrafito de León XIII, que para su consideración recomendamos al *Progresillo*:

«De esa manera, voceando libertad y prosperidad pública, haciendo creer que por culpa de la Iglesia y de los Monarcas no había salido aún la multitud de su inicua servidumbre y miseria, engañaron (los masones) al pueblo, y despertada la sed de novedades, le incitaron á combatir ambas potestades.»

En estas palabras se ve claramente lo que podemos esperar de los masones. ¡Y pensar que en España hacen los masones mangas y capirotos, es el colmo de nuestra desgracia!

Por eso cuando los Zurriaguistas vemos libres por España, y paseando por las calles con aire de persona decente á los que debían arrastrar grilletes en un presidio por *combatir ambas potestades*, según expresión del Pontífice, se nos ocurre preguntar para qué queremos á Ceuta.

Tal vez nos preguntará alguno al leer estas cosas: pero qué tienen que ver los masones en un periódico de obreros como EL ZURRIAGO? Pues por la sencilla razón de que los masones tienen con los *comunistas* y *socialistas* el mismo parentesco que nosotros tenemos con los gallegos. (No admitimos en la familia á Carballeira; aunque es más gallego que los *grelos*.)

Dicen que los gallegos y asturianos somos primos y hermanos; y primos y hermanos son también los masones y socialistas. No lo decimos nosotros. Lo dice el mismo León XIII.

Suele decirse que Dios los cria y ellos se juntan. Esto decían en la calle de la Vega en Oviedo, cuando Otero fué de *hombre bueno* de Vigil, así como cuando Vigil en su papel arremetió contra Otero decían á éste: Haz bien y no mires á quién.

Pues dice León XIII lo que sigue respecto al parentesco de masones y socialistas: «Esas mudanzas y trastornos maquinan muy de propósito, trabajando de consuno muchas sociedades de *comunistas* y *socialistas*, á cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los masones, como que favorece en gran manera sus in-

tentos y conviene con ellos en los principales dogmas.» Pues si masones y socialistas convienen en los principales dogmas y el dogma principal de la masonería es combatir ambas potestades: no debe extrañarnos el ver á Vigil despotricando contra la Iglesia. Lo que no veremos es á Vigil metido á *albañil*, porque hace tiempo dejó las herramientas en el taller de Gijón, y..... bien está S. Pedro en Roma.

¿No es verdad, monín? ¡Viva el libre pensamiento!

Lógica Vigiliana

Quizá no la conozcan todos los lectores de EL ZURRIAGO; pero les aseguro á ustedes que es una lógica morrocotuda.

Tira de espaldas y deja bizeco al más clarividente.

¡Claro! ¡Como que su amo y señor, D. Manuel, discurre con los piés!

Así anda *La Aurora*, y así andan las cabezas de los obreros que la leen, hechas una grillera.

Y no podía suceder otra cosa.

Dime con quién andas y te diré quién eres.

Dime qué periódicos lees, y te diré cómo piensas y cómo obras.

Si Vigil es un pobre diablo, sectario y fanático como pocos, que sin instrucción de ninguna clase, se ha metido á periodista, y escribe de lo que no entiende, sin más guía ni norte que halagar á los obreros para que sigan soltando la mosca y cobrando él las *veinticinco* pesetillas semanales, ¿qué tiene de extraño que no sea capaz de escribir cuatro líneas á derechas, y que á cada renglón se le escapen disparates á granel?

Y ahora vaya V. á discutir, digo á rebatir (ya sabemos que Vigilia no discute) las majaderías sin cuento de un hombre que se ha impuesto la impropia tarea de escribir á diario sin permiso de la inteligencia.

Si en un segundo destruye un mulo con un par de coces obras de inapreciable valor ejecutadas por consumados artistas, á costa de mil vigiliadas y sudores ¿quién será capaz de reparar los destrozos, causados á través de los años por la ignorancia y la mala fe puestas al servicio de una causa que á primera vista es simpática, pero que en sus manos resulta repugnante y subversiva?

Nó, confieso ingenuamente que no es posible seguir paso á paso las lucubraciones de quien se ha propuesto escribir al *sabor de las pasiones*, dando al traste con el sentido común y la sindéresis.

Por eso no deben extrañar mis lectores que deje pasar sin la oportuna rectificación y el merecido castigo muchas de las enormidades que semanalmente publica *La Escupidera* del Sr. Lavín.

Es imposible hacer otra cosa. Y no por falta de argumentos, sino por falta de tiempo y de espacio en el periódico.

Hay sin embargo ciertas afirmaciones sobre las que no se puede dejar de insistir; porque son de las que hacen efecto entre la clase trabajadora.

Como que les entran más por los ojos á los obreros y no se hacen cargo del sofisma que encierran.

A esta clase pertenece lo que Vigil stampa en su *Vomitorium* del 9 del corriente, cuando dice:

«Los predicadores cobran tres, cuatro y hasta una onza por decir un sermón... Vigil no cobra un céntimo por esa propaganda que tantos beneficios reporta á los obreros...»

Sí, Manolo, los predicadores en algunos casos cobran por decir sus sermones; pero, aunque la intención tuya es conocida, el argumento no concluye.

Desde que el mundo es mundo nunca jamás se le ocurrió á nadie, hasta que tú perdiste la cabeza y te metiste á periodista, el decir que fuese cosa fea y reprochable el que cada uno viva de lo que trabaja si el trabajo es honrado; y de ahí el refrán: «De Dios abajo todo el mundo vive de su trabajo.»

Por eso nadie censura ni á nadie extraña que un sacerdote, que para serlo ha comenzado por imponerse gastos y sacrificios no pequeños, consagrado al estudio por espacio de varios años, cuando por sus pasos contados ha llegado al ejercicio de su ministerio cobre los honorarios correspondientes á su honesta sustentación que necesita procurarse, como cualquier hijo de vecino.

Como nadie extraña tampoco ni censura que el médico, que lo es de verdad, cobre por curar á los enfermos, y que el abogado haga lo propio cuando defiende ante los tribunales de justicia á sus clientes.

Lo que todos censurarían sería el que un petulante cualquiera, sin estudios de ninguna clase abriese cátedra de derecho ó de medicina y desde ellas diese lecciones á los abogados y á los médicos.

Esto sí, que sería intolerable, ridículo, indigno y execrable.

Como lo es igualmente el que un parlanchín *sin sustancia*, como tú, cuelgue los trebejos del oficio y sin encomendarse más que á *san atrevido* y *san despreocupado* abra cátedras de religión y de socialismo, y pretenda dar lecciones de lo que no entiende, ni aún superficialmente.

¡Eso sí que debía causar vergüenza á quien fuera capaz de sonrojarse!!

¿No te parece, Vigil?

Y vamos á otra cosa.

«Vigil no cobra un céntimo» por su propaganda...

Mira, Manolo, eso cunétaselo á tu abuela, si es que la tienes; aunque no debes de tenerla á juzgar por lo mucho que te enjehonas.

Como dice Otero, todos sabemos de dónde salen las *misas*... socialistas.

Me importa poco que tú cobres ó dejes de cobrar inmediata y di-

rectamente por echar tus horrosos discursos.

Lo cierto es que en una ú otra forma, páguelo la Agrupación local, ó páguelo el Comité Provincial, lo cierto es que lo que coméis, lo que bebéis, y lo que triunfáis los prohombres del socialismo sale del bolsillo de los obreros.

Y si no, vamos á cuentas: ¿en qué se invierten las cuotas mensuales que cobráis de los asociados?

A que no tienes el arranque de publicar en *La Escupidera*, vulgo *Aurora*, las listas íntegras de recaudación de una agrupación cualquiera, con la relación detallada de todos los gastos y paradero de los fondos?

Ya sé, ya sé yo demasiado que tú no eres tan tonto que no sepas llenar las formas y cubrir las apariencias.

Ya sé que tú no estafas ni robas á los obreros. En esto te hago justicia.

Pero ¿que no vives á costa del socialismo desde que dejaste el oficio de ajustador y te metiste á ese otro oficio mil veces más recorrido de leader?

¡Vamos, hombre!

¡Ni que fuéramos tontos los que sabemos cómo vives y lo que trabajas!

Conque lo dicho dicho y chitón, y á comer y callar que es oficio infinitamente más cómodo que el de ajustador.

BARULLOS

Hay escritos que no pasan nunca al olvido por notables ó por lo que sea.

El corresponsal de *El Progreso de Asturias* en Trubia ha compuesto una furibunda epístola que por sus enormidades tiene una actualidad pasmosa.

El espíritu de Gambetta y el alma endemoniada de Voltaire se han unido en aquellos enérgicos renglones para conmemorar la fecha del 22 de Julio de 1837.

Todo el mundo sabe lo que ha ocurrido en la memorable fecha de 1837; pero no todos la interpretan en el sentido que lo hace ese fiero corresponsal.

Para los que tienen nociones de derecho de propiedad, para los que aman el orden social y respetan los bienes ajenos esa es una época luctuosa, porque en ella se ha llevado á efecto la desvinculación, que es la negación de uno de los derechos más respetables, la conservación de los bienes, el ahorro.

La figura de Mendizábal, irguiéndose sobre la propiedad monacal y poniéndose por montera todas las leyes civiles, es como la de cualquier saltador que con la circunstancia de abuso de superioridad se apodera del bolsillo ajeno, y no puede aparecer simpática á nadie que tenga sentido común.

Sin embargo ese corresponsal enfurecido la convierte en una figura austera, como la de S. Francisco de Sales; en un espíritu de caridad como el de S. Martín.

¿Y por qué?

Porque expulsó á los jesuitas.

Como si los jesuitas no fueran hombres, por lo menos, con derecho, mucho derecho á pisar el planeta y vivir al amparo de una constitución que acatan y respetan.

Para estos libertarios *non natos* la libertad es lo de menos. Ellos quieren barbarizar en sus mítins y en sus tugurios, y que los demás oigan sus desatinos con calma

La caridad también se ejerce con la lección que enseña; y es preciso reprimir á esos desenfadados que sin instrucción previa se alucinan con ideas mal digeridas, imponiéndolas á los demás de su calaña.

Romanones en su decreto acerca de la enseñanza debió reglamentar ese profesorado anodino, que uno y otro día escandaliza á ciencia y paciencia de la ley de reuniones y de los inspectores que las presencian.

¿Por qué ha de poder hablar en público todo el que lo solicita, y no ha de poder tener su cátedra abierta el que paga su matrícula?..

Los oradores republicanos de Trubia han patentizado que en España hay mucha paciencia para oír desatinos y *El Progreso de Asturias* al publicar las atrocidades de su corresponsal demostró su mucho amor á la extensión universitaria.

Mucho me choca que un Alejandro González y además presidente del «Círculo» haya dicho con gran prosopopeya que deseaba desapareciese de España el oscurantismo y «con él (aquí se comió otro *el*, que hace falta) poder opresor del fanatismo religioso...»

¿Sabrá este tío que con tal énfasis habla, lo que es *oscurantismo*, lo que es *fanatismo* y lo que es *poder opresor*?

¿Tendrá conocimiento de que en los tiempos medioevales la ciencia se salvó en los conventos, que tanto ha perseguido Mendizábal y que los *habladores* atacaron duramente, sin que hayan alcanzado la originalidad siquiera, porque hoy es hasta cursi hacerlo?

¡Pobrecillo González! Conque poder opresor? Son palabras que se dan de patadas. El poder se impone dulcemente, es una consecuencia indeclinable de la autoridad bien entendida y nunca oprime si se conserva en sus verdaderos límites.

¿Y el fanatismo? ¡Cuánto abusan los republicanos de esta palabral! ¡González y el corresponsal sí que son fanáticos creyendo que van á traernos á verdadera penitencia!...

Extremó la nota cómica un obrero *ilustrado*, que podrá serlo en su oficio, pero que no dió golpe en este caso al apurar su paralelo entre Mendizábal como monárquico y los republicanos de nuestros días.

Aquí mucho pudiera decir y no hallaría, bajo ningún punto de vista, afinidad entre la entereza y carácter de aquel hacendista y esos republicanos de perro chico que después de embaucar obreros y elevar en sus hombros, cambian la cascaca á las puertas del Congreso dándoles de codo.

Este Combes de cuchara acometió contra los conventos con un furor que da lástima leer lo que ha dicho. Por él, sin amor á las artes arquitectónicas y por insano furor, se arrasarían esas guaridas de *zánganos* para sacar el oro oculto.

¿Quién le vería barrer para dentro si tal ocasión le tocara!

¡Qué atrocidades dicen estos obreros que quieren trocar la blusa por la muceta!

Saludado por nutrida salva de aplausos ocupa la tribuna el *docto y sabio* (Nada menos?)

Si en vez de ser un maestro simple fuese doctor en una facultad ¿qué le diría?

Pues bien ese Aristóteles con ínfulas de Cicerón y que por más señas se llama don Pedro Morcillo, se encargó de echar el resto haciendo el resumen de todos los disparates dichos por sus colegas.

Llama legados del fanatismo á la guerra, el patíbulo y venganza jurídica recordando al efecto la Inquisición y el desastre de Villalar.

Bueno y ¿qué?

Al parecer los liberales no quieren la guerra. ¿No recuerda Morcillo lo que han escrito sus periódicos cuando la última de las colonias?

La pena de muerte no es una institución de los pueblos monárquicos, ni la implantó la Inquisición. Es una necesidad sentida por muchos estados regidos por leyes democráticas muy democráticas.

Eso que dice de León XIII no merece refutación. Lo que merecía era que le llevasen á la cárcel por calumniador y cínico. Ni más ni menos.

No sé para qué son los delegados del gobernador en estos actos. Parece que oyen á los oradores como quien oye llover....

Hacen bien, perfectamente bien, pluscuamperfectamente bien, pues de otro modo se morirían de náuseas, aun siendo poco aprensivos.

Don Faustino Segovia tuvo una originalidad. Proclamó la ciencia como religión única ¡oh! ¡qué talento! ¡eh! ¡qué típico! ¡uh! ¡qué oportuno!... a... a... a... amén, amén....

En lo demás Segovia fué uno de tantos, abogando por «el trabajo de los útiles por los inútiles.» ¡Qué novedades tan grandes traen al debate estos Demóstenes de Trubia!

Nada, nada, cuando haya otra reunión, que repartan invitaciones é iremos muchos á solazarnos.

FLORETE.

¿DE VERAS SON FELICES LOS RIZOS?

Mira, sobrinita, aquí tienes para el gasto de hoy; creo haya bastante y si no, echaremos la cuenta: dos lechugas *tres céntimos*.. un panecillo *siete*. Eso para comer, que para cenar.... ¡phs!... pues otro panecillo y otras lechugas.... Hace un calor tan asfixiante que no desea el cuerpo más que alimentos frescos.

Así hablaba Don Aniceto, viejo marrullero, conocido entre sus vecinos con el apodo de «El Tío Miseria,» mientras depositaba en la mano de Digna los veinte céntimos que un solo día debían consumirse.

Digna hizo un mohín de disgusto, miró las miserables monedas y encarándose con su tío, le dijo:

—Pero ¿qué quiere V. que haga con esta miseria?

—¿Cómo qué? comprar lo que te he dicho.

—¿Qué comprar ni qué cuernos! ¿cree usted que todo se arregla con tres hojas de lechuga lacias y malas y con un panecillo mugriento y duro? ¿y la leña? ¿y el aceite? ¿y la sal? ¿y tantas cosas como se necesitan en una casa?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! nena, y como se conoce que no te cuesta ganarlo! Basta, basta, que pedir más es quejarse de vicio. Hasta luego.

Digna se quedó llorando y en su desesperación estuvo á punto de arrancarse los rizos de su negra cabellera. La pobre joven era una víctima sacrificada en aras del interés; sus padres sabían que don Aniceto tenía bien repletas las arcas, había dicho que necesitaba de Digna para el cuidado de su persona y de su casa. Repugnancia hubo por parte de la joven para aceptar la proposición, mas al fin no hubo remedio. Diez años llevaba en compañía del tío sufriendo en el alma y en el cuerpo; porque su corazón caritativo y recto no podía permanecer indiferente ante las injusticias, atropellos y exigencias de que eran objeto muchas personas honradas, que en épocas calamitosas acudían al *Tío Miseria*, quien, no desperdiçando la ocasión, clavaba sus uñas hasta los hígados.

—¡Jesús! ¡qué vida la de este hombre! —repuso Digna ya casi desesperada—si el corazón de ese hombre debe de ser de mármol; si para él no hay Dios, ni conciencia, ni religión; si no piensa más que en el dinero; si no come, ni duerme, ni sueña; así está él... vamos, que me va á quitar la vida y... nada... no hace caso de las razones que le doy... todo lo oye como quien oye llover... que va á perder su alma... que para qué presta el dinero con tanta ganancia... que quiere hacerse rico empobreciendo á los demás... que le señalan con el dedo como á un ladrón... que

nadie le puede ver... y tantas veces como estoy dale que le das sobre lo mismo... si, si... me llama tonta... se rie... y no hay más... sólo se enfada cuando le piden dinero.

...¿Qué hará tanto tiempo metido allá en las habitaciones interiores? ¡Buenas estarán ellas de polvo y telarañas... y hasta negras y casi arruinadas estarán! al cabo de diez años que llevo aquí sin poderlas haber visto...! pues no se pone poco furioso cuando le digo que quiero limpiarlas y barrerlas... si yo creo que tiene allí encerrado el sudor de tantos infelices... ¡Qué hombre más desalmado...!

Entre tanto que Digna estaba en su monólogo, veamos qué hacía D. Aniceto.

Por endiabladas artes llegó a saber que don Silo, uno de sus deudores, precisamente el que suponía en mejor y más desahogada posición, había dado al traste con toda su hacienda en un instante y de la manera más sencilla del mundo, pues un maldito seis de bastos le quedó baldado para siempre. Huelga decir las ansias y congojas que sentiría nuestro hombre cuando se enteró del notición. Fuese allá con la ligereza que le permitían sus fuerzas y sus años, y en tono lacrimoso exigió la deuda al infelizmente jugador, alegando la suma pobreza en que se hallaba. Con buenas razones excusóse don Silo de pagar por entonces; pero como el Tío Miseria iba con propósito decidido de sacar todo el partido posible, dejando aparte súplicas y ruegos, le dijo con ademanes descompuestos:

—Yo haré que me des lo mío, miserable! Te conduciré a los tribunales, te sacaré a la vergüenza pública, te llevaré a un presidio, te...

—¿Hay más tes?—interrumpió D. Silo. —Porque si desea más mandaré a la criada que saque otro; eso calma mucho los nervios.

—¿Dáme lo mío!—continuaba con voz ronca.—¿Dáme mi sudor, mi trabajo!

—Eal dáme lo mío! No tenga V. tanta priesa, hombre; tan pronto como mejore de fortuna será V. complacido ¿qué demontres le hemos de hacer? Mire usted, ayer era yo millonario, y hoy... ni en casa ni en los bolsillos se halla una blanca; pues, viceversa, mañana ú hoy mismo ¿quién sabe? lo que ahora está exhausto y vacío puede encontrarse lleno y sobrante. Pues vamos ahora a usted, y usted que, según pública voz y fama, y así tiene que ser, sólo con las onzas roñosas que ha ido acumulando en el armario, puede pavimentar un espacio de cien metros en circunferencia, quizá de un momento a otro se vea por motivos imprevistos en el mismo estado en que yo me hallo al presente... sin blanca, vamos. ¿Y qué haría usted en ese caso?

El Tío Miseria se calmó de pronto, pasóse repetidas veces la mano por la frente, como queriendo alejar negros presentimientos, y levantándose del asiento replicó:

—Dentro de poco volveré. Vea usted el modo de...

—Adios—contestóle secamente don Silo—mientras murmuraba bajito: ¡Habrá vampiro!...

Dirigióse a su casa, tambaleándose como un ébrio, y revolviendo en su calenturiento cerebro todo un mundo de ideas pesimistas. Don Silo para él era un infame, pues dilataba indefinidamente la paga de la enorme cantidad a que ascendía la exigua que hacía dos años él le prestara generosamente, aquello era un robo manifiesto que se infería a su caudal; pero no se trataba sólo de una pérdida digna de llorarse con lágrimas de sangre, sino que el ejemplo que le había propuesto tenía mucha miga, y a D. Silo le consideraba desde entonces capaz de cometer las mayores atrocidades. ¡Con qué flema le contó su ruina, sin inmutarse, como si le importara un bledo el repentino cambio de la opulencia a la pobreza! Y sobre todo ¿qué sabe D. Silo, se decía interiormente el Tío Miseria, si tengo yo onzas ó no las tengo? ¡Mire V. que esto tiene tres pares de bemoles! ¿Y si son roñosas ó relucientes? ¿y si las tengo en un armario, ó

en un pupitre, ó en cincuenta baúles, ó en cien áreas? ¿Qué sabe el si las tengo en un desván ó en una habitación? ¡Vaya, que para acertar por casualidad, es demasiado acertarlo! Y después ¿cómo se atreve a indicarme que de un momento a otro pueden cambiar las tornas y ser él rico y yo pobre? ¡desdichado de mí! ¡Si me habrán robado! ¡Si me estarán robando!..

Llegó a casa en estas cavilaciones, hecha su cabeza un volcán y en términos que le atacó un vértigo a la puerta. Sobresaltada Digna, llamó a las vecinas y le colocaron en la cama. Cuando volvió en si estaba su sobrina junto al lecho.

—Una taza de tila le vendrá bien, tío; está usted muy nervioso.

—¡Claro, tila! ¿lo d n de balde?

—Es sumamente barato y además que hallándose así....

—¿Y cómo se toma, frío ó caliente?

—Claro que caliente.

—¡Oh! no, no, que la leña ó el carbón cuesta....

—Vamos, tío, no sea usted así; algo caliente ha de tomar usted.

—No, no, que no me está bien; me debilita mucho el estómago.

—Pues al menos un poquito de caldo ha de tomar. Y, sin aguardar réplica, se fué a prepararlo volviendo al instante con ello.

—Verá usted qué bien le sienta y cómo toma fuerzas.

Incorporóse con trabajo, y apenas tomó la primera cucharada, exclamó:

—¡Ay! ¡ay! Digna, cómo abusas de la sal.

—Si no tiene casi nada.

—¡Calla! ¿qué es esto que hay en la sopa? ¡yema de huevo! ¿y aceite? ¡si hay aquí media libra! Tu me pierdes, sobrinita, tú me pierdes.

—Vamos, Don Aniceto, dijo una de las vecinas, ánimo, tómelo verá qué pronto se le pasa.

El señor Don Aniceto no se había dado cuenta de que hubiera allí otras personas que su sobrina, y; alzando la voz, replicó incomodado:

—¡Eal largo de aquí, que en este sitio no hay nada que pescar. ¡Fuera!

Digna salió al poco rato a poner callandito en conocimiento del médico que su tío no se encontraba bien. Este aprovechó el momento de estar solo para bajarse tras largos esfuerzos de la cama, porque había escuchado cierto ruido en la habitación contigua y sentía mortales ansias de salir de aquella duda que le torturaba el corazón. Lo consiguió al fin, y arrastrándose como una serpiente, arrojando blasfemias horribles por sus labios inmundos cada vez que perdía el equilibrio ó la fatiga le hacía retardar la llegada a sus tesoros, logró abrir las puertas, recorrió el cerrojo del armario, y.... un grito de alegría salió de su pecho; pero al desandar el camino se desplomó su cuerpo, hundiéndose una tabla carcomida del pavimento, y quedó aquél oscilando entre el hueco del entorimado.

El médico y Digna vieronle instantes después inerte, asqueroso, horrible, con el brazo derecho extendido y las uñas clavadas en una de las extremidades del armario.

M. B. de C.

El día 18 del actual falleció en esta villa el que por espacio de dos años fué Presidente de la Agrupación socialista de Pravia, Angel Coalla.

Aún nos parece verle montado, caballero en un pollino, salir el día primero de Mayo último camino de la Isla, para celebrar allí con sus compañeros de socialismo la Fiesta del Trabajo.

Herido por mortal dolencia ya no tuvo entonces fuerzas para ir a pie al punto de la gira.

Pero su fe ciega y entusiasmo por las ideas socialistas le llevaron al extremo de tomar parte en la fiesta.

Era un fanático, sí; pero su fanatismo era desinteresado.

Dueño de una latonería en Pravia, vivía desahogadamente sin depender de patronos ni necesitar de obreros.

De él podía decirse con toda propie-

dad que luchaba por la idea, y no por defender el vil garbanzo.

Por eso cuando, agobiado ya por la fuerza de su enfermedad, alguien le aconsejó hacer un último esfuerzo é irse a Madrid a consultar, sufrió el más cruel de los desengaños al dirigirse a Vigil en demanda de socorro, sin que el buen leader se hubiese dignado contestarle siquiera, a pesar de haberle escrito primera y segunda carta.

Entonces empezó a ver claro aquel infeliz iluso; y acabó de desengañarse cuando, hallándose ya en Madrid (gracias a otros socorros, y no a los de los socialistas) quiso visitar a Pablo Iglesias, y tampoco éste se dignó recibirle.

Así le pagaron aquellos mal llamados redentores del obrero los buenos servicios prestados a la causa por el infeliz Coalla mientras conservó un rastro de fuerzas para luchar.

Y como si todo esto no fuese bastante, hasta los mismos compañeros por quienes aquí tanto se sacrificó, parece como que sentían hasta la pérdida de una hora de trabajo por ir a rendir el último tributo a su antiguo Presidente.

A su entierro acudió, sí, numeroso concurso, pero le componían en su mayoría los burgueses, precisamente aquellos cuyas antipatías se había conquistado por ponerse al lado de los obreros.

De los obreros que ni siquiera le acompañaron después de muerto a la última morada!

Así paga el diablo a quien bien le sirve.

¡Ah! Para satisfacción de Vigil y comparsa, conste que el infeliz Coalla ha muerto reconciliado con la Iglesia, y confortado con todos los auxilios espirituales que recibió con fervor y devoción. R. I. P.

Zurriagazos

Al redactor que escribe «á pelo» en *El Progreso* se le hace la boca agua ante las riquezas de las Comunidades religiosas, y dice para llamar hacia ese lado la atención de los *desamortizadores*:

«Ahora no faltan 20.000 duros a las Comunidades religiosas, gracias a Dios y a los fieles ricos.»

Verdaderamente es una riqueza escandalosa.

Indigna que 30.000 personas (según la cuenta de los amigos de *El Progreso*) disfruten de ese ingente capital.

Porque vamos a ver, ¿qué hacen esos frailes y monjas de los 13 reales que a cada uno corresponden?

¡Burguesazos!

Y si en vez de 30.000 frailes fuesen 10.000 ¡horror!; nada menos que a dos duros por barba salen esos *Rothschildes* de caperuza.

«Cruz... y raya—Tampoco yo pensaba ocuparme más en el curioso diálogo.»

Así comienza mi queridísimo Mino un artículo, en el que trata de probar, entre otras cosas, que Arboleya no sabe gramática.

No seré yo el que rompa una lanza en defensa de quien tiene edad para defenderse a sí propio; pero dime, Mino, ¿quién te engaño con ese *en* en que no pensabas ocuparte?

¡Ocuparse en un diálogo!

¡Tiene *entringulis*!

¿Te parece bien que yo me ocupe en tí, ó en Otero, ó en Fili?

Si fuera desocupar, pase. Tu oíste campanas en el Seminario, amadísimo Mino, y no sabes a estas horas a qué tocaban.

Por qué no consultas con el gramático Carballeira esas ocupaciones.

Y dime también, dilectísimo Máximo, ¿qué es eso de «conglutinar los resultados de la discusión?»

¿Quién te ayudó a construir el *estrambote* del apartado del segundo extremo? ¿Qué quieres decir en el extremo 5º? A propósito del 7º ¿crees tú que la razón está siempre de parte del que *trompe-*

tea más? Pues entonces menester es que dejes el *fagot* y vuelvas a la *trompa*.

¿Y el *modelo* del 8º? Mira que empeñarse, en el siglo XX, en ser *modelo* de los sepulcros que se estilaban en tiempo del Nazareno como tú dices!

Es audacia máxima.

¿Y la educación que derrochas en el 10º? ¿No la has colocado frente a frente del extremo 1º?

Ad ós, Maximino, y sigue ocupándote en husmear diálogos, pero por Dios no te ocupes en *El Carbayón* ni de la Cruz... y punto.

* Carballeira, en nombre de *Catón de Útica*, me dedica un suelto en el que para contestar (sobre no sé qué punto) llama a EL ZURRIAGO «papelucho que publica en Pravia uno que viste traje talar.»

Confieso que aun no me repuse del golpe, y tardaré en levantar cabeza ante réplica (?) tan contundente.

Porque, a la verdad, tener la pretensión de escribir para el público uno que vista traje hasta los talones, es el colmo del atrevimiento.

¿Quién ignora en España que la veracidad y el sentido común y la sindéresis y el entendimiento y la lógica son patrimonio exclusivo de quienes escriben en mangas de camisa?

Ya la sabes, Catón; cuando Despampanante trate de despampat... te, llámale ¡clérigo!, y tuya es la victoria.

* Prosigue el de *los grelos*: «Sería prestar mucho honor al engendro ese, si *Catón de Útica* descendiera (*salve, Júpiter*) a contender con él.»

¿Qué habrá dicho *Catón* para su mostacho al leer esto? Se creería el hombre a la altura de Capricornio, ó de las Siete Cabrillas.

¿Cómo confirma Otero, en el suelto de donde tomo esas líneas, que gastó todo su intelecto en enseñar rudimentos gramaticales a Vigil!

¿Y cómo demuestra que no le cedió ni un ápice de mala voluntad!

* A propósito ¿qué saben Vigil y Carballeira de la discusión á trompazo limpio, habida «cabe el templo de Minerva» en Oviedo, entre dos directores de periódicos?

Dicen que brilló la luz, pues saltaron chispas de la acera.

¿Hubo chichones... personales?

Pensaba dedicar un artículo al soneto disparado contra Rafael Altamira y firmado por Ramón Pérez de... jay Alá, cómo pone este chico a las nueve hijas de Júpiter!

Pero me falta espacio para ello.

No quiero, sin embargo, privar a mis lectores de una muestra de las bellezas que campean en los catorce versos *explorados* por Perecito.

Dejemos a un triste ruiseñor *balbuciendo desde el nido una canción de arroba-*

miento, y lean ustedes estos tres versos.

La roja lengua al aire, un can sediento busca el arroyo, que serpea escondido (*¡Esto se llama oreja; pero... óido!*) *Que sigue Ramoncito, pluma al viento* Bajo un pumar ronca un gañan tendido (*¿Ha escuchado Filiu este esperpento? ¿Y sigue el infelice «somnolento», A pesar del gañan y del ronquido?*)

Y no se extremece ante el ritmo inefable de ese tercer endecasílabo y ante el derroche *silábico* del segundo... renglón.

¡Triste de él que tanto sopor le embarga!

Pero dejémoslo aquí, porque sólo para ponderar el oído poético de Pérez necesitaría llenar cinco columnas de EL ZURRIAGO.

Quizás en otro número podremos saborear el soneto íntegro.

Surge de él un «efluvio embriagador» que no lo resiste ni... Filigrana.

* Pues, señor, echamos a perros, digo a *El Progreso*, la columna y media reservada para zurriagazos, y no queda lugar para hacer una caricia a mi adorada *Aurorilla*. ¡Cómo ha de ser! ¡paciencia, pichona mía, hasta otro número!